LEON XIII

PRUDENTE MODERADOR DE LA DISCIPLINA ECLESIASTICA.

Atque hujusmodi consuetudine caritatis simul et sapientiæ efficitur, ut immutabilitatem doctrinæ absolutam et sempiternam cum prudenti disciplinæ varietate Ecclesia conjungat.

(CONSTITUCION APOSTOLICA **"MISERICORS DEI FILIUS."**)

De lo que resulta que la Iglesia empleando semejante temperamento de caridad, á la vez que de sabiduría, sabe unir la inmutabilidad absoluta y sempiterna del dogma, con la prudente variedad de la disciplina.

C. A. «(*MISERICORS DEI FILIUS.*)»

AL pasar la vista por la constitución Apostólica. «Misericors Dei Filius» que tiene por esclusivo objeto reformar las bases sobre que descansaba la Tercera Orden de San Francisco, dos ideas capitales se desprenden inmediatamente de su texto.

Es la primera, la constante unidad de la Fé defendida siempre por la profunda sabiduría de la Iglesia, siendo ésta asistida en los diferentes combates que librara contra la herejía, por Jesucristo su divino Fundador, que cumple así el santo ofrecimiento que antes de morir hiciera á los Apóstoles, de asistir á su Iglesia hasta la consumación de los siglos.

La segunda es, que á la misma sabiduría de la Iglesia está encomendado el variar, segun lo exijan las circustancias, los lugares y los tiempos, las leyes puramente disciplinarias.

La primera de las ideas indicadas constituye una parte importantísima de la historia de la Iglesia; y es á no dudarlo la mas gloriosa y significativa que se registra en las páginas del cristianismo. A su sola enunciación surgen á millares legiones victoriosas de mártires que sellaran con su sangre la inquebrantable firmeza con que defendieran el dogma de la Iglesia, que Dios ha grabado en la conciencia de sus escogidos; así como ha escrito su omnipotencia y su poder en los espacios infinitos.

En cuanto á la segunda idea que llevamos indicada, no viene á ser sino el preciso corolario que se desprende de esa suma de facultades que Jesucristo concediera á sus Apóstoles; y en ellos á los pastores de su Iglesia para regir y gobernar una verdadera sociedad, organizada como lo exigía el plan de su divino Fundador.

Siendo este último punto un hecho tan preciso, dedicaremos siquiera por un instante nuestra atención al primero de los indicados, pues de alta consideración es para nosotros la suma importancia que él encierra en la historia del Cristianismo.

Si el espíritu moderno, batallador incesante que combate los principios salvadores del Catolicismo, poniéndoles frente á frente las ideas disolventes y antitéticas del liberalismo, se arrancara la venda misteriosa que le impide mirar la obra sublime de Jesucristo, su Iglesia, ese edificio espiritual que ha contrastado con diez y nueve siglos de impiedad y escepticismo; si desligándose por completo de las mil preocupaciones que le sujetan y avasallan y haciendo á un lado con mano vigorosa las protervas pasiones que le dominan y la propia soberbia que le ciega, tomara altura en nuestro siglo y espaciara la mirada al través de ese piélago tempestuoso que surca inalterable la Nave de San Pedro,

estaciado y conmovido ante ese milagro incontrastable que diez y nueve siglos admiran de rodillas; depondría para siempre la zaña que corroe su corazon y el despiadado empeño que le impulsa á dirigir sus impotentes armas que se rompen contra la impenetrable egida de la Divinidad.

Al considerar el dogma del Catolicismo, espontáneamente se descorren ante nosotros las brillantes páginas de la sublime historia de la Iglesia inundadas de luz, como si estuvieran perennemente iluminadas por un sol sin ocaso.

Acaba de realizarse en el mundo el augusto misterio de la Redención, que abriera de par en par las puertas del cielo á la humanidad proscrita y pecadora. Doce humildes pescadores animados por el divino fuego de la fé que arde en sus corazones, y poseidos del espíritu de Dios que enciende su palabra, se esparcen por el haz de la tierra sembrando la semilla del Evangélio y propagando en todas las naciones la luz de una nueva y salvadora doctrina.

El seno tenebroso de las catacumbas, asilo y refugio de los primeros cristianos, se anima al compas de los cánticos sagrados y al suave murmullo de las oraciones, que sofocan el estruendo de los festines y la algazara de esa vida tumultuosa y depravada en que se enerva y se consume la ciudad de los Césares.

Roma llevaba en sus entrañas el germen precioso de una nueva Religión fecundada con la divina sangre del Crucificado. El amor y la ternura que dulcificaban sus preceptos, pronto iban á cambiar la faz del mundo entero, produciendo general conmoción en la conciencia y en el espíritu de los pueblos.

Grecia, la patria da los oradores y de las letras; Alejandría, cuna de las ideas filosóficas, y Roma, asiento de todas las tiranías, tornaban ya los ojos á Jerusalen teatro de las primeras predicaciones del Evangélio, sintiendo cómo la influencia poderosa del Cristianismo, invadía los conocimientos científicos, templaba los principios filosóficos y debilitaba el cetro de los césares.

El paganismo espirante se retorcía en el seno de los pueblos, y la idea de Dios único, espíritu creador que ha poblado de soles el espacio y de luz los cielos, se levantaba como una aurora disipando las tinieblas del alma y haciendo la luz en esa noche tenebrosa de la idolatría. El Paganismo espiraba apenas tocado por la nueva Religión. A las palabras de los Apóstoles, vacilaban y caían los dioses de sus altares, enmudecían los oráculos, huían los genios de los bosques y desaparecían de entre las ondas cristalinas los cuerpos de las ninfas.

Era ésta la primera batalla que la Iglesia debiera librar para tomar asiento en los pueblos antiguos; y al abrir el emperador Constantino las puertas de las catacumbas para que salieran de su seno los cristianos, la Religión de Jesucristo con sus dogmas, con sus preceptos y su liturgia, principiaba á enseñorearse del mundo, merced á la activa predicación de los Apóstoles y de los discípulos. Pero una vez planteada la nueva Religión; separada la Iglesia de la Sinagoga para procurarse el franco desarrollo que le proporcionara esa fuente de vida propia, que llevaba en sí misma; conocidos sus dogmas, generalizada su doctrina, aun tenia que estar apercibida para el combate.

Los dogmas que el Pueblo escogido recibiera en el Antiguo Testamento y que flotaban en el oceano de los tiempos como faro de luz inestinguible para la humanidad; la idea de Dios eterno y sus soberanos mandamientos, constituian la fé de la nueva Religion, pues Jesucristo no habia venido á destruir la ley sino á confirmarla. Conservar y guardar inmutables estos preceptos, era defender y guardar la vida del Cristianismo, el alma y esencia de la nueva doctrina. Bien se deja entender pues, que todo ataque á la dogmática de la Iglesia, era un ataque directo á su existencia.

Jerusalen en los primeros tiempos del Cristianismo fué el campo donde batallaran con sin igual ardor las ideas religiosas. Nacida la Iglesia al pié mismo de la Sinagoga, pero destinada á ser la humanidad entera y á cubrir el mundo con su bendita sombra, no pudiera vivir respirando la atmósfera asfixiante de su liturgía, de sus prácticas, y de sus leyes. Un esfuerzo re-

generador debia cambiar por tanto las ceremonias religiosas, los preceptos litúrgicos, la circuncision, las prescripciones relativas á su política y á su higiene apropiadas al pueblo judío, pero que en el desenvolvimiento de la Iglesia tenian que ser inaceptables. Era preciso desmembrar por decirlo así la parte material y disciplinaria, salvando la esencia, la parte espiritual y dogmática.

S. Pablo, hermosa figura, cuya milagrosa conversion llega á nosotros coronada de luz, es uno de los llamados por Dios á realizar esta obra portentosa. La magia soberana de su palabra y el ardor de su fé cristiana, entresacan de la religion judaica todo cuanto debiera perderse á la luz de la nueva doctrina, haciendo que se desprenda suávemente, como la esencia de la flor, la idea de Dios inmútable y serena, y el dogma de su Providencia infinita. Infatigable campeon de la nueva doctrina, recorre las ciudades y los pueblos y al eco de su predicacion demuélense en Frigía los altares de Apolo, y heridas por el fuego del cielo caen en Efeso hechas pedazos las estatuas de Diana.

Imposible alcanzar á describir los efectos de su predicacion; pero aun existen como reguero de luz las huellas de su pensamiento, de Palestina á España y de Jerusalen á Roma, definiendo con los demás Apóstoles, las sublimes ideas teológicas que son como si dijéramos la trama de una divina Religion destinada á llenar el cielo del espíritu.

Mas la importancia misma de la Iglesia; los principios filosóficos que enseñaba; los preceptos morales que ofrecía á la observancia del hombre y mas aun el completo trastorno que introdujo en las ideas religiosas, tenian por precision que ofrecerle sucesivos combates, no solo referentes á su liturgia y disciplina, sino á su esencia misma, al dogma que es y ha sido siempre la base de su estabilidad. De aquí que á poco de aparecer el Cristianismo brotaran como las chispas precursoras de un incendio infinidad de doctrinas heréticas que pugnaban por destruir la ortodoxía de la Iglesia.

El principal ataque que recibiera consistió en la negación de la naturaleza divina de Jesucristo. Objeto de rudísimo combate fué este dogma del Catolicismo, cuya negación afectaba y conmovía en sus cimientos á la Iglesia naciente. Rechazada la divinidad de Jesus, tendria necesariamente que venir por tierra la divinidad de su doctrina y de su Iglesia. Pero en lo mas ardiente y empeñado de la controversia aparece San Estéban, jóven diácono originario de Grecia, cuna de los oradores y de la cultura de los pueblos antiguos. Su fé decidida, su pensamiento que irradiaba destellos de luz y su palabra elocuente y conmovedora, dominaron con el vigor soberano, que solo puede comunicar la defensa de una verdad grabada en la conciencia, los espíritus rebeldes al dogma de la Iglesia. Pero se necesitaba sellar ésta victoria con heroico sacrificio, y el dogma de la divinidad de Jesus tuvo en San Estéban el primero y mas glorioso de sus mártires: fué él, quien abrió la mas grandiosa epopeya que registra la historia del mundo; la epopeya del martirologio cristiano.

Arrio, funesto heterodoxo, se presenta mas tarde dirigiendo sus devastadoras doctrinas contra el Misterio Augusto de la Trinidad. La relación del Hijo con el Padre en este sublime Misterio fué el punto principal de sus ataques. La heregía tomaba ya descomunales proporciones, semejando turbulento mar que amenazara sepultar en sus abismos la Nave de San Pedro. El cielo de la Iglesia se oscurece y el rayo ilumina con lumbre abrasadora el piélago insondable, á cuyos retirados confines arde inextinguible el faro de la Fé.

La voz de la Iglesia reune á sus Pastores en el concilio de Nicea. Arrio presenta su doctrina apoyándola con todos los subterfugios del error. Su espíritu diabólico hace palpitar la vida en sus ideas y comunica fuerza al parecer incontrastable á su doctrina heterodoxa. Sus sectarios miran con ebriedad el cercano triunfo de sus ideas, cuando modesto jóven archidiácono se hace cargo de la doctrina de Arrio, y su palabra imponente como la tempestad y devastadora coma el rayo, refuta y confunde á su adversario, invocando el terrible anatema del cielo para aquel que se atreva á negar la consustancialidad del Hijo con el Padre.

San Atanasio fué ese glorioso vencedor del Arrianismo y el defensor sublime del dogma por excelencia que profesa inalterable la Iglesia de Jesucristo.

En el seno del mismo concilio de Nicea, fué redactado el símbolo de la Fé que debiera ser la norma de la conciencia y la luz que guiara á los cristianos por entre las tinieblas de la vida.

Poco despues, los bárbaros inundan como un mar desbordado la ciudad de los césares. Las huestes de Alarico se precipitan como un torrente sobre sus dominios, talando sus campiñas, incendiando sus ciudades y sembrando por do quier la desolación y la muerte. Todo perece entre sus manos destructoras y su fuerza brutal avasalla y sujeta cuanto toca. Pero entre la nube de tristeza y de horror, que como una noche se desprende del cielo, brilla una luz serena é inalterable; el faro de la Fé, levantado sobre el inespugnable edificio de la Iglesia. Y flotando sobre el oceano turbulento de la invasión, se divisa la Barca de San Pedro desafiando la tempestad. La blanca vela que la impele sobre las ondas, remeda como el ala de un ángel; y en torno suyo el viento se serena y las soberbias olas irritadas, vienen á lamer blandamente los flancos de la divina embarcación. *Et portae inferi non praevalebunt adversus eam.*

Reseñar los gloriosos combates de la Iglesia en defensa de la unidad de la Fé, equivaldria á tanto, como diseñar la historia del cristianismo: y diseñar la historia del cristianismo, seria escribir la victoriosa epopeya de diez y nueve siglos, testigos del milagro mas constante de los tiempos, la asistencia perenne de Dios para conservar la Iglesia, obra de su divino pensamiento.

Pero no cabe en nuestro propósito llevar á cabo trabajo tan fuera del alcance de nuestras fuerzas, y basta á nuestro intento, hacer notar siquiera estas supremas victorias del Catolicismo.

La razon humana se levanta soberbia contra todo aquello que en su impotencia no alcanza á comprender. Dios le ha marcado sus límites como al oceano, en donde se revuelve y se conjura contra el cielo en esas noches tenebrosas de negación y escepticismo.

Pero en los misteriosos designios de la Providencia, estan previstos como una necesidad para la Iglesia, los mas rudos ataques de parte del error. Es preciso que preceda el combate para alcanzar una victoria. El dogma cristiano aparece coronado de mayores encantos, despues de una lucha terrible en la cual se empeñaran en su contra todas las potestades del infierno.

Un dia la humanidad creyóse huérfana. Desiertos para ella se encontraban los cielos, y sus oraciones iban á perderse sin eco en la fría inmensidad de los espacios.

Un heresiarca despiadado, Nestorio, negó que á María debiera aplicársele el santo nombre de «Madre de Dios», pues que Jesucristo no se revistiera de la humana naturaleza sino tan solo en apariencia.

Ya puede comprenderse cómo ante afirmación tan impía, se disipara á los ojos de la raza proscrita del Paraíso, todo un tesoro de dulces esperanzas. La implacable herejía arrebataba del fondo de su corazon, toda la sublime poesía de la fé y la consoladora esperanza de alcanzar misericordia y perdon en ese supremo instante de la muerte, tan lleno de pesadumbre y amargura.

Pero brilla la luz en el Concilio de Efeso. La Iglesia fulmina anatema contra la herética doctrina de Nestorio, y el dogma de María Madre de Dios es exaltado ante los ojos de la humanidad como íris eterno de venturanza y de consuelo.

Mas á qué continuar disertando en el inmenso campo de las controversias y ataques al dogma eterno de la Iglesia? A qué seguir reseñando los errores que pretendieron arrojar á la faz del Cristianismo Wiclef, Juan Hüs, Jerónimo de Praga y Lutero, si recientes están en la historia sus terribles combates que dieran fin con la más grandiosa victoria de la fé? Todavía alcanza nuestra mirada la revolución que Lutero pretendiera introducir en la ortodoxia de la Iglesia, pero tambien podemos contemplar cómo el protestantismo cargando en sus espaldas con la imponderable

pesadumbre de un anatema, se desune, merced á sus mismos principios disolventes; se hiere y se combate á sí propio sin que en los esfuerzos de su impotente debilidad pueda alcanzar en sus ataques la salvadora unidad del Dogma Cristiano.

Es preciso concluir afirmando que la Iglesia de Jesucristo ha variado y seguirá variando en sus leyes disciplinarias, acomodándolas prudentemente á los tiempos y á los lugares. Esta es la parte material digámoslo así de su santa institución. Sus prescripciones á éste respecto no miran sino á la parte méramente administrativa. Pero nunca en su profunda sabiduría ha variado, ni podrá variar, los preceptos referentes á la fé y á la moral que profesa en su doctrina.

Son éstas, Santísimo Padre, las ideas que ocurren, apenas leida vuestra sapientísima Constitución, á que hemos hecho referencia al principiar este trabajo. La eternidad de los preceptos que miran á la fé y á la moral, formando en la historia de la Iglesia el hecho más glorioso que se asienta sobre ese magnífico pedestal de su sabiduría infinita, ornamentado como con bajorelieves inmortales 'por tantos y tantos heroes del Cristianismo, que han exaltado el Dogma muriendo en su defensa en medio de cruelísimos tormentos: y la prudencia de la Iglesia, al variar su disciplina segun las necesidades de los tiempos y de los lugares.

Y á todo ésto ha contribuido eficazmente vuestro sublime magisterio, de que nos suministran elocuentes é irrecusables pruebas vuestras sabias Constituciones Apostólicas.

Todos los que formamos el importante Gremio de Comerciantes en ésta apartada Metrópoli, poseidos de profunda veneración hácia vuestro saber y virtud, os dedicamos con profunda humildad y respeto, éstas santas reminiscencias de las glorias de esa Iglesia de que por voluntad divina sois el Pastor de los Pastores; impetrando para nosotros y los nuestros, vuestra apostólica bendición.

RAFAEL LÓPEZ.

ENCICLICA "ETSI NOS."

"NOS unen vínculos de especial relación con esta Italia, en que Dios colocó la Sede de su Vicario, la Cátedra de la verdad y el centro de la Unidad católica.....

Italia está grandemente obligada á la Iglesia y á los Sumos Pontífices por haber extendido entre todas las gentes su gloria, por no haber sucumbido á los repetidos asaltos de los bárbaros, por haber rechazado invicta los múltiples ataques de los musulmanes, y por haber conservado durante largo tiempo justa y legítima libertad y enriquecido sus ciudades con tantos monumentos inmortales de artes y ciencias.....

Que se multipliquen y prosperen en todas partes por el trabajo, por el número y la concordia, aquellas sociedades que tienen por principal objeto el conservar y enaltecer los actos de la fé cristiana y de la virtud.

Tales son las sociedades de jóvenes y de artesanos, y las constituidas, ya para servir de punto de reunion á los católicos, ya para socorro de las miserias humanas, ya para procurar la observancia de las fiestas, ya para educar á los hijos de las clases ínfimas, ya para otros bienes del mismo género.....

Además, se deben contraponer escritos á escritos, á fin de que los mismos medios que tanto tienden á la ruina, se conviertan en salud y beneficio de las gentes.» (S. S. el Sr. Leon XIII.—Encíclica citada.)

Los pueblos, como los hombres, tienen su infancia, su juventud y su ancianidad; su época de desarrollo, de robustez y de decadencia y son factores más ó menos importantes de la sociedad política, como lo son los individuos de la sociedad civil.

Allá en la antigüedad, al lado de los Flamitas y de los Raphaitas, apenas mencionados en el Génesis, de las ciudades de Pentápolis, tan célebres por sus abominaciones como por sus castigos, aparece Nínive, la corte del rey asirio, que dominaba á las regiones que se extienden desde el Egipto hasta India y Bactriana y Etiopia, luego Babilonia que conquista la Palestina, despues Ciro, rey de los Medos y Persas, que prolonga sus dominios tambien al Africa, luego Alejandro que reune bajo su cetro la Grecia y los reinos del Asia y del Africa, y despues Roma, que se hace señora del mundo conocido.

Aquellos famosos imperios terminaron un dia, dejando como un recuerdo, algunas ruinas, una página en la historia; sólo un pueblo, Roma, ha tenido el raro privilegio de presidir los destinos del mundo, lo mismo en los tiempos antiguos que en los modernos siendo su gloria de hoy y su influencia en la marcha de las naciones, más pacífica, más estable, más universal y enteramente humanitaria.

Las grandes conquistas, los imperios famosos de la antigüedad, traen su orígen de un sentimiento innato del género humano, aunque extraviado en su aplicación, y son el anuncio de que un dia habia de realizarse ese sentimiento, al cumplirse una promesa hecha en el Paraíso.

El plan divino de la creación y las leyes armónicas que rigen el órden moral, requieren que todos los hombres, que tienen el mismo orígen, el mismo fin, medios idénticos para alcanzarlo y una naturaleza comun, formen una sociedad única, con un solo Dios, un solo culto, una sola ley, un solo derecho. Nada importa que en su desenvolvimiento, en su natural desarrollo, la humanidad pase, en el órden puramente